



LAURA G. W. MESSER

NO SOMÉTAS AL
GORRO ROJO

Literup

LITERUP EDICIONES

© *No sometas al gorro rojo*, Laura G. W. Messer, 2025.

© de la edición, portada y grafismos interiores, Libertad Delgado, 2025.

© del mapa, Rafa Díaz Gaztelu y Libertad Delgado, 2025.

Corrección: Meritxell Terrón.

Maquetación: Scarlett de Pablo.

Lectores beta: Carmen y Celia Añó, Carla Plumed y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: febrero de 2025

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: B 4083-2025

ISBN: 978-84-126332-9-0

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Sangre, gore o lesiones; guerra o genocidio; sexo; violencia o tortura (recurrente). Autolesiones; crueldad o muerte animal; muerte o asesinato, pérdida de un ser querido (explícito). Alucinaciones, delirios o paranoia (leve).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita:

<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

Para Holly Black,
por crear el personaje de Madoc.



NOTA INFORMATIVA DE VUESTRO ESCRIBA FAVORITO

¡Saludos, mis queridos lectores! Heme aquí, Zephiren di Desehryn: viajero cultivado, autor prolífico de romance y, en palabras de mis fervientes admiradores, «el mejor escriba de la pasión que jamás dio nuestra tierra». Antes de sumergiros en este fogoso universo, permitid que este erudito de lo sobrenatural (lo soy, digan lo que digan mis detractores) os ponga en materia.

Hubo un tiempo en que el multiverso tenía sentido. Cada realidad en su sitio, cada criatura en su mundo y nadie se imaginaba qué pasaría si, por ejemplo, todos los territorios en torno a su reino desapareciesen y fueran repentinamente sustituidos por otros llenos de criaturas mágicas. Hasta que el multiverso decidió que la coherencia estaba sobrevalorada, hizo un batido cósmico con las dimensiones y lo vertió sin mirar.

A eso lo llamamos la Colisión y el resultado fue la Vidriera, un mundo nuevo donde humanos, feéricos,

dracónidos, orcos, demonios, djinns y muchas otras criaturas aún desconocidas —algunas con más cuernos, colmillos o..., ejem, apéndices de los recomendables— están descubriendo cómo convivir. ¡Menos mal que la magia de la Colisión permite que por lo menos nos entendamos al hablar!

No fue fácil llegar a esta tregua. Hubo guerras, caos y algún que otro intento de dominación mundial. Pero el tiempo, los acuerdos diplomáticos y, seamos sinceros, la atracción entre especies, han llevado a una paz frágil pero prometedora. Ahora, los humanos se han hecho fuertes en su joven reino de Gaudia y gobiernan desde su resplandeciente capital, Luminara, una joya del arte y la industria impulsada por magia solar.

Conforme las barreras entre especies se debilitan y crece la curiosidad, los humanos están descubriendo que lo monstruoso puede ser fascinante... y, en algunos casos, irresistible.

En este mundo fragmentado, pero entretejido por las intrigas y el deseo, la gran pregunta que le queda a este humilde fenómeno de la prosa púrpura es: ¿qué criatura será la siguiente en robarnos el corazón?



Para más información sobre la Vidriera visita
hornypedia.literup.com

MAPA DE LA VIDRIERA

TIERRAS FEÉRICAS



CAMINELLER DE BOLLAS

FLORESTA

MIRAVACS COLINAPARTIDA
ÀTICA

INOSOSTERA
FLORESTA

LOS PUENTES

GAUDIA

ENTREVALLS

LUMINARA

EL BOLECAL

RÍO OROSO



VALLE DE LA DRACONIA

SIERRA DE LAS BRUMAS

CLIMAXONE

YALTI

EL MUMBA

RÍO BORTVEN

VALLE DE NIVERT

LAGUNAS DE LAS BRUMAS

RUINAS DE BATOR

MAR DE LAS BRUMAS

TORREMAS



VISITA NOCTURNA

Áliga tenía el cuchillo en la mano incluso antes de despertarse. Los golpes en la puerta que la sacaron de la cama resonaban con hastío, como si llevaran rato llamando.

—Por la Señora del Espejo, ¿quién es a estas horas?

Refunfuñó para sí misma e ignoró la vocecita interna que la reprendía por su sueño demasiado profundo. Tampoco le prestó atención al cosquilleo de las puntas acaracoladas de su pelo oscuro contra el cuello, húmedo de sudor. El calor del verano apretaba y no corría nada de brisa.

Miró primero por la ventana del patio para asegurarse de que aún era de noche. Sí, todavía no había llegado el alba ni se habían apagado las ascuas del fuego. Arrojó un par de troncos sin molestarse en limpiar las cenizas y sopló para reavivar las llamas. No soltó su arma en ningún momento.

Liberó las tres cerrajas de la puerta y la entrea-brió solo un poco. Una figura más menuda que ella aguardaba con nerviosismo, alternando el peso de los talones a las puntas de los pies. Su apariencia era humana y la medalla no reaccionaba, pero nunca se sabía.

—¿Quién es? —Bufó con enfado para esconder el miedo que le martilleaba el pecho.

—Me llamo Rapónchigo, señorita Malaespina —respondió una vocecita femenina.

Un escalofrío ajeno al frescor de la noche subió por la columna de Áliga. Protestó de inmediato.

—No soy...

—Me envía la alcaldesa de Colinapartida.

La joven en su umbral se retiró la capucha y dejó a la tenue luz de la luna la misma nariz aguileña que la edil. ¿Qué podía querer esa mujer? ¿Qué era tan urgente como para mandar a una chiquilla de su familia en mitad de la noche a buscarla? Debía de ser algo confidencial y apremiante.

Amplió la rendija y la invitó a entrar con la mano.

—Pasa, anda.

—En realidad no hace falta que...

Rapónchigo se excusó, pero Áliga ya arrastraba un par de sillas cerca del hogar y preparaba una tetera para colgarla junto a la jarrita de leche. También soltó el cuchillo, aunque no lo dejó muy lejos de su alcance. Nunca se sabía. Nunca se podía saber.

La chiquilla se cansó de rehusar la invitación, así que decidió entrar y cerrar la puerta tras de sí. Infló los carrillos pecosos con frustración, lo que le dio un aire más infantil que el de una adolescente. Durante unos instantes se quedó mirando el pequeño espacio ante ella, parte tienda, parte taller, parte la casita en la que Áliga intentaba rehacer su vida.

—Siéntate un rato y descansa antes de decirme que tengo que acompañarte a Colinapartida.

—¿Cómo...?

—Conozco a tu tía mejor de lo que ella me conoce a mí. —Sirvió para ambas la bebida caliente y deseó que funcionara para despejarse un poco—. Bueno, cuéntame, ¿qué necesita Violeta?

La chica sorbió de su taza un par de veces, como si quisiera coger fuerzas para hablar, y Áliga se preparó para las malas noticias. Siempre había temido el día en el que Violeta de Colinapartida se cobrara el grandísimo favor que le había hecho al cederle esa vieja forja sin pedir nada a cambio. Una cosa era ser generoso y otra serlo a cambio de nada. Eso se aplicaba a todo el mundo, pero, además, era alcaldesa. Tal vez no fuera como los poderosos de Luminara. Aun así, ahí estaba la realidad llamando a su puerta.

Rapónchigo apoyó la taza sobre sus rodillas e inspiró hondo.

—Que cojas tu armadura ligera y tu espada. El resto te lo explicará ella.

«Señora del Espejo, ¿qué ha pasado?», pensó la herrera, toqueteando nerviosa la medalla redonda de plata que le colgaba del cuello.



Áliga abandonó su forja al tiempo que el sol se despegaba del horizonte. Ambos igual de perezosos y condenados. Solo tomó lo que Rapónchigo le había dicho, con la esperanza de volver pronto, y colocó el cartel de «CERRADO» en la puerta.

Dejaron atrás Miravacas, que empezaba a despertar con los cencerros de los rumiantes pastando en los alrededores. Tras varios intentos sin éxito de la chiquilla por entablar conversación, lo único constante durante el camino fue el olor a ganado las cinco horas a pie hasta la gran Colinapartida. Lo de «gran» era un epíteto que nadie que hubiera visto Luminara, la capital, le pondría a un pueblucho que apenas contenía medio millar de habitantes.

Sin embargo, comparado con la aldea donde vivía, la villa principal de la región era objetivamente más grande y contaba hasta con una pequeña barriada fuera de la empalizada. Las casitas de una o dos plantas se distribuían al azar a lo largo de calles dibujadas por las tres rutas que convergían en su plaza principal. Allí, los hogares de adobe se entremezclaban con los de ladrillo más nuevos y los

escasos de sillería. La mayoría de las puertas estaban abiertas y dejaban ver pasillos angostos que llevaban hasta el patio.

A su paso se encontraron trabajadores de rostros desconocidos que saludaban a Rapónchigo con cariño. La pobre chica arrastraba los pies con la lengua fuera después de tantas horas andando, pero no se quejó en ningún momento ni bajó el ritmo de la marcha.

—Vete ya. Vete a tu casa y duerme el día entero. Te lo has ganado.

—Pero mi tía...

—Sé llegar al ayuntamiento. Es seguir esta calle hasta la plaza central. No voy a perderme.

No se había desorientado en los cientos de pasajes de Luminara, en esos barrios que se enredaban como la celosía vegetal de un artista. Ni en mitad de la noche cuando guiaba caravanas cargadas de riquezas y tesoros inencontrables. No iba a perderse en un pueblito que podía cruzar de lado a lado en menos de lo que costaba recitar los rezos a Nuestra Señora del Espejo.

—¿Estás segura?

Áliga levantó las cejas hacia la espada que pendía de su cintura y el broquel a su espalda. La falta de práctica en las largas caminatas portando sus armas se notaba en el dolor que ambas le habían provocado al chocar contra su cuerpo a cada paso. Y eso que

había sujetado su filo durante parte de la marcha por el pomo con tal de amortiguar el golpeteo.

La chica no se mostró impresionada por el gesto, aunque sí que frunció los labios. No era eso lo que la preocupaba entonces.

—Tampoco voy a volverme ahora por donde he venido después de semejante andada, ¿sabes? —La herrera se encogió de hombros.

—Está bien, está bien. Pero como no vayas directa a ver a mi tía, me arrancará las coletas. Que pese sobre tu conciencia. —La amenazó con un dedo acusador, aunque no imponía ni la décima parte que la alcaldesa.

Tras despedirse de la chica, Áliga no tardó nada en plantarse delante de la puerta del ayuntamiento. La Casa del Pueblo de Colinapartida estaba decorada con el emblema oval de la localidad —el famoso queso de tetilla regional sobre campo sinople— en el frontón de la fachada y azulejos blancos y negros, que recordaban a la piel de sus vacas caresse.

Antes de pensarse si quería entrar ya y saber qué ocurría, Violeta abrió la puerta. Permanecía tal y como la recordaba: imponente a pesar de que compartían altura, y con esos ojos azules de mediodía tan llenos de vida contagiosa. Se había arremangado la blusa hasta los codos como si aún trabajara en el campo, pero tenía los dedos manchados de tinta.

La mujer la miró de arriba abajo, los labios finos le temblaron un instante, y después le echó los bra-

zos al cuello para darle un abrazo, que le hizo crujir todos los huesos.

—Cuantísimo me alegro de verte, Áliga. —La estrechó con fuerza.

Cuando le permitió respirar y se retiró un paso, la joven se percató de que no todo seguía igual: los mechones grises sobre las sienes de la alcaldesa se habían extendido para dominar gran parte de su cabellera, como si en los últimos meses hubiera envejecido un lustro, acercándola más al medio siglo que a sus cuarenta años. Otra señal nefasta que aumentó su inquietud.

—Pasa, pasa. —No esperó respuesta y la tomó del brazo para arrastrarla al interior del edificio mientras no dejaba de parlotear—. Siento mucho haberte sacado de la cama tan temprano. Estarás muerta de hambre. Te pondré un poco de velvetio con pan tostado y tomate. ¿Olivas? Vamos, come un poco de queso, te sentará...

—Violeta, no me gustaría que te tomaras esto como que soy una desagradecida, pero no quiero tu puñetero queso hasta que me cuentes qué pasa. Has mandado a tu sobrina en mitad de la noche a buscarme y pretendías que viniera armada cuando me pediste encarecidamente que escondiera todo lo de mi anterior vida y me tomara las cosas con calma. Así que, ¿qué ocurre?

La mujer se pasó las manos por el pelo para que no se notara que le temblaban y después intentó

sonreír. No le salió demasiado bien. Dio unos pasitos por el recibidor de la Casa del Pueblo, donde, tras fijarse Áliga, no estaba el muchacho que recibía a las visitas de la alcaldesa. Cuanto más trataba Violeta de serenarse, más nerviosa se ponía ella. Su amiga bebió de una copa opaca que olía a vino rancio y la herrera estuvo a punto de acompañarla. En su lugar, jugueteó con la medalla de su diosa.

—Si no comes ahora, con lo que voy a enseñarte se te quitará todo el apetito.

—Me arriesgaré. Vamos.

La alcaldesa arqueó un dedo para que la siguiera y salieron del ayuntamiento. Tomaron el camino del sureste, hacia la zona de establos fuera de la empalizada que rodeaba el pueblo. Ahí la peste a reses era mucho más intensa. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en Miravacas, no se había acostumbrado a que en Colinapartida y en el resto de pueblos a su alrededor se enorgullecieran de su «aroma a campo» y su tradición quesera del velvetio del caresse.

Entraron en uno de los cobertizos de madera y Áliga arrugó la nariz al pisar la paja. Solo había un par de animales dentro y, al fondo, cerca de un armario para guardar aperos, un hombre. Estaba armado con una horca y amenazaba a algo que pronto quedó a la vista.

Una criatura.

El sol le caía encima a través del tragaluz y eso causaba que enseñara sus dientecillos amarillentos y afilados. Tenía la piel morena; las orejas y nariz, puntiagudas y retorcidas, y un gorrito colorado le caía sobre el entrecejo.

Áliga sabía lo que era: la medalla de Nuestra Señora del Espejo temblaba sobre su pecho. Aun así, rodeó el pilar al que le habían atado las muñecas y vio el característico agujero en la mano izquierda.

—Trasgo —susurró casi sin aliento.

—Llevamos una semana recibiendo ataques de los ilumverts.

La alcaldesa le dio unas palmaditas amables en la espalda al hombre. A juzgar por las similitudes en sus rostros y las mejillas pecosas, debía de tratarse de su hermano.

En aquella zona les habían dado el nombre de «ilumverts» porque venían del bosque acompañados de luces verdes. No discriminaba entre las decenas de clases de criaturas que existían en Fiorterre. Si se viajaba cinco días hacia el norte, los llamarían de otra manera, seguramente también errónea. La joven, sin embargo, por necesidades del trabajo había aprendido las denominaciones correctas para ellos, cómo descubrirlos si se disfrazaban y el modo de vencerlos y no caer presa de su magia.

El trasgo le devolvió la mirada y esbozó una sonrisa, que le heló la sangre en las venas.

«La Señora del Espejo me tenga en su reflejo», rezó de inmediato ella, con una mano sobre la medalla.

El iluminvert bufó con incomodidad.

Violeta continuó su explicación con el rostro tenso por la seriedad:

—Antes solo robaban, pero ayer al atardecer...

—Los trasgos no actúan en grupo. —Áliga la interrumpió mientras miraba de nuevo al feérico.

—Estos sí. Están organizados. Anoche mataron a un chico del pueblo. La moza que iba con él está herida. Ya he publicado un bando para que nadie se acerque al bosque y que sepan que tenemos toque de queda.

—Bien, pero insuficiente. Tienes que conseguir que traigan ayuda de Luminara. No sabes lo que...

—Ya lo hemos hecho —dijo el hombre. La presencia de Áliga no bastaba para calmarlo, sus manos temblaban en el asta de la horca, con la que apuntaba al trasgo—. Mi hija Rapónchigo fue a buscarte. Mi sobrino Rosal partió hacia Luminara, pero, entre el viaje, los procedimientos peticionarios y que lo aprueben, podríamos tardar media luna en recibir asistencia. Eso si nos la conceden.

—Esas criaturas son muy agresivas. Puede que para cuando llegue el ejército ya no quede nada que salvar —añadió Violeta, con el labio inferior temblando.

—Por eso te hemos llamado, Malaespina.

El corazón le latió con fuerza y, al mismo tiempo, se le evaporó la sangre de las venas. Durante un instante se le partió el pecho de nuevo. Ese viejo nombre conjuraba un pasado muerto que no deseaba repetir.



LA ÚNICA ESPERANZA

Antes de que Áliga pudiera protestar y decir que ya no era esa persona, la alcaldesa le puso una mano en el hombro a su hermano y le susurró algo, por lo que salió del establo. En cuanto él desapareció, la joven se quedó un poco más tranquila. Se alejaron unos pasos del trasgo; la criatura las estudiaba sin que aquellos ojillos inteligentes pestañearan bajo la sombra de su gorro.

—Te pido disculpas por eso. No debería haberle contado a nadie tu apodo de guardia. Y pedirte esto es un dolor, pero...

—Soy la única herramienta en tu mano —completó Áliga con un suspiro derrotado. Notaba la lástima y el arrepentimiento en las palabras de Violeta y se las creía. No era como otros dirigentes y pudientes que había conocido a lo largo de sus años de trabajo. Guardar los bienes comerciales de las personas daba un acceso muy directo a sus corazones—. Lo cual es una mierda.

La invadían las ganas de desmoronarse sobre un montón de paja y respirar muy despacio hasta serenarse y ver las cosas con claridad. Sin embargo, no tenía tiempo para eso ni debía bajar la guardia delante del ilumvert. Como el resto de los seres feéricos cuyo territorio se había materializado en el mundo durante la Colisión, dos siglos atrás, los trasgos eran ingeniosos y oportunistas. No gozaban de sabiduría como otras criaturas más avanzadas, pero tampoco se encontraban entre las sanguinarias. Además, no actuaban en grupo. Si ese lo había hecho, tal vez los suyos lo echaran de menos y regresarían a por él. ¿Serían capaces?

—En realidad, eres mi única esperanza.

—Tratarme de heroína ya no funciona conmigo como antes.

—Lo sé —reconoció Violeta—. Pero tú sabes que siempre voy a ser lo más sincera que pueda contigo. Hemos avisado a los tramperos para que se retiren del bosque. También he contactado con algunos cazadores de fuera de la región, por si quieren ayudarnos.

—No lo harán. Si temen ataques de feéricos se quedarán para proteger sus casas, no las de otros.

La alcaldesa asintió con un cabeceo. Todo cuanto Áliga le sugiriese no serviría de nada: ya lo habría pensado y sopesado. Cada decisión difícil y la preocupación por no ser capaz de cuidar de su

gente se traslucían en las canas, en las bolsas oscuras bajo sus ojos.

—Sé que dije que te resguardaría cuanto estuviera en mi mano, pero es que todos estos problemas me llevan a la misma solución: tú —confesó con pesar—. Lo siento mucho.

—¿Y qué quieres de mí? No soy una tropa que pueda ayudarte con esto. Si lo fuera...

«¿Lo haría? ¿Tanto me importa esta tierra?», se preguntó, toqueteando la medallita de la Señora del Espejo.

Media vida de viajes por el reino de Gaudia como protectora de caravanas comerciales la había convertido en un alma que no pertenecía a ningún lugar y disfrutaba de todo lo que el territorio le ofrecía. Hasta que se quedó en Miravacas y, tras dos años para establecerse, sentía que una tierra invariable la asfixiaba.

—Algo está organizando a los trasgos. No sabemos qué ni por qué lo hace. No sabemos nada.

—¿Quieres información? —La herrera frunció el ceño, sin comprender.

—Quiero que las gentes de la mancomunidad estén a salvo. Sé que lo inteligente sería la información, pero no tenemos tiempo. Así que, para lograr mi objetivo, necesito que acabes con lo que les dé las órdenes.

Violeta hizo una pausa para que sus palabras calaran en Áliga. La joven apretó la medalla en el

puño y tragó saliva. Se lo esperaba desde la primera mención a que los atacaban en conjunto. Ojalá se hubiera equivocado. Por desgracia, cuando se oía un infortunio, casi siempre llevaba razón. Por algo la llamaban Malaespina.

—Es la mejor opción. La única opción. Ya te lo he dicho, eres mi única esperanza. Nuestra Señora del Espejo te ama y te guarda. Te protegerá de la magia que afecta a los ilumverts.

Era cierto. Los años de pensamientos para la diosa y los miles de pasadas que sus pulgares habían dado por la medalla, puliendo la plata, le habían garantizado protección cuando otros habrían perecido. Sin embargo, la duda estaba ahí, inamovible tras su temporada de sedentarismo y estabilidad. Un dolor le estrujó el centro del pecho, casi en el corazón.

—¿Y si no es magia? ¿Y si es un «alguien» y no un «algo»?

—Podrías con ese alguien —respondió Violeta. No fue una pregunta: lo afirmó sin ningún atisbo de duda—. Te elegía como protectora de mis cargamentos por algo, Álga.

—Creía que era porque te gustaban mis ojos.

La broma le salió sin humor. Aun así, la alcaldesa se rio y le dio un capirotazo en el hombro.

—Me daba igual cómo usaras esos ojos si me conseguías beneficios económicos —reconoció con una leve sonrisa, que le devolvía los años que el estrés le

había arrebatado—. Eres lista y perspicaz, buena en tu trabajo, fuerte en todos los sentidos y, además, la diosa te ama.

—Vuelves a adularme.

—Sigo siendo sincera.

—Ha pasado mucho tiempo. —Sonrió, desgana-da, como si eso fuera a quitarle el amargor del pala-dar. La alcaldesa negó con la cabeza y un resoplido.

—Me han contado las energías con las que forjas en la tienda. Estás bien.

—Pero...

Violeta la tomó de los codos y le dio una leve sa-cudida.

—Si fueses a decirme que no, ya te habrías ido. Te equivocas si piensas que estos dos años te han cambiado. —La herrera cabeceó de lado a lado. Era imposible mantenerse igual cuando su vida en ese momento era totalmente opuesta a la anterior—. Si-gues siendo Candela «la Malaespina» de Áliga. Un poco oxidada, lo cual es comprensible después de lo que te pasó, pero sigues siendo tú.

—Ya, claro. —La joven bufó para disimular el es-calofrío al escuchar su nombre completo.

Candela había muerto y ella tenía suerte de se-guir viva y escondida en el culo de Gaudia, la tierra de los humanos. Era mejor así. Un pueblucho lejos de Luminara y de sus ajetreadas rutas comerciales. Con la tranquilidad del olor a campo y a queso, y

martilleando acero en una forja regalada para apartar los recuerdos.

Como si le leyera los pensamientos, Violeta la envolvió en un abrazo. Se le escapó un suspiro. ¿Cuánto llevaba alejándose de todo el mundo para no recibir contacto y por qué lo echaba tanto de menos? La calidez de otra persona contra ella, sentir sus corazones juntos, la respiración casi compartida. La cercanía.

El vello se le alzó en la nuca como un girasol hacia el mediodía al percibir movimiento por el rabillo del ojo.

«Malaespina».

Apartó a Violeta de un empujón y, antes de que cayera de espaldas sobre la paja, ya empuñaba la espada. Como su cerebro, los músculos mantenían la memoria y los instintos de su vida anterior. Gracias a eso fue capaz de asestarle una patada al trasgo. Una vez amplió el espacio entre ambos, estocó con precisión su mano derecha, extendida con esas uñas amenazantes, y lo clavó contra los tablones del suelo.

Durante esos dos segundos, solo hubo silencio. Después, Áliga parpadeó muy lentamente para escuchar el chillido del ilumvert, las maldiciones de la alcaldesa y el estruendo de la puerta del establo al abrirse.

—¿Qué ha pasado?! —El hermano de Violeta entró con la horca enarbolada como un héroe con su espada.

—Tendríais que haberle puesto grilletes de hierro. —La joven, entre gruñidos, apoyó su peso contra la mano atravesada de la criatura, que siseaba con el feo rostro surcado de lagrimones. Un profundo olor a carne quemada le dio ganas de vomitar. Se volvió hacia la mujer, mirando por encima del hombro en un parpadeo para no perderlo de vista—. ¿Estás bien?

—Por las tetas del caresse, sí. Gracias a ti.

El hombre llegó hasta ellas y no hacía más que repetir: «Joder, joder, joder» con las manos temblorosas. No dejaban de ser campesinos que solo se relacionaban con otros humanos y, pese a vivir tan cerca de la frontera, los feéricos, monstruos, espíritus y otras criaturas estrambóticas aún eran cuentos para ellos. Áliga —o, mejor pensado, Candela— sí que conocía las terribles capacidades de los seres de los otros mundos. Los infelices que se leían las novelitas fantasiosas de Zephiren di Desehryn y las tomaban por una fiel representación de la realidad se engañaban. Aquel escritorzuelo de la capital no tenía ni idea de la fuerza destructiva de esas bestias y lo disfrazaba todo de romance y concupiscencia.

No había más que ver al trasgo, que aullaba y trataba de arañar la espada con la mano libre. Con cada movimiento suyo olía más a sangre y carne quemada.

—¡Temeréis al Señor del Crúor cuando venga a por vosotros! —Señaló a los humanos con rabia.

Aunque de su boca surgieron palabras en un idioma distinto, Candela y los allí presentes lo entendieron como si les hubiera hablado en su lengua. Era otro de los muchos y extraños fenómenos ocasionados por la Colisión: las distintas especies podían entenderse entre sí pese a no haber tenido contacto previo. Esa habilidad innata, no obstante, no se extendía al idioma escrito ni daba la capacidad de hablar la lengua del otro; solo de entenderla de oídas. Pero con eso bastaba la mayoría de las veces.

—Moved el culo y traed una cadena o grilletes. ¡Vamos! —les gritó Áliga a los hermanos.

Ambos seguían paralizados por la sorpresa. Eso jamás habría ocurrido con su antigua compañía.

«Y, aun así, mira lo que les pasó. Los ilumverts son peligrosos. ¿O es que alguien más sobrevivió de milagro?». La pregunta le vino de golpe, como si la acción y la espada hubieran disipado la niebla que la separaba del pasado.

No tenía tiempo para eso.

Violeta se levantó y fue medio a rastras hasta un armario de aperos a por una cadena y un candado. Dejó una estela de briznas de paja a su paso y después arrastró a su hermano para que la ayudara. Les costó bastante esfuerzo, pero con las instrucciones de Áliga lo consiguieron y acabaron tirados sobre el tamo entre resoplidos.

A la joven le retumbaba el corazón contra el apretado chaleco de cuero trenzado que le ceñía el gablesón al cuerpo. Por suerte, la transpiración y las manchas de la refriega quedaban disimuladas en el gris desvaído de los materiales. Llevaba meses sin vestirse así, sin moverse para pelear. La sensación de miedo inicial se disolvía en el sudor y dejaba el cosquilleo de emoción y victoria. Ecos de otro tiempo en el que disfrutaba de eso.

Inspiró fuerte el olor a campo y el sosiego nació en su pecho. Con movimientos lentos y deliberados, se puso en pie y limpió la espada concienzudamente en el trapito anudado en su vaina antes de enfundarla. Una mente fría aseguraba la calma y la memoria muscular ayudaba a llevarla a ese estado de paz en el que neutralizar las amenazas cuanto antes. Ya era demasiado tarde para no sufrir daños, pero todavía tenía tiempo de evitar una catástrofe.

Violeta estaba en lo cierto. Podía hacerlo. Podía con un trago capaz de unir a los suyos.

—¿Dónde está ese Señor del Crúor?

La criatura la observó con odio. Solo abrió la boca para enseñarle los dientecillos afilados.

—¿No quieres contestarme? No pasa nada. —Áliga suspiró tras un rato de sostenerse la mirada. No hablaría y torturarlo sería una pérdida de tiempo—. Que sepas que voy a por él. Me aseguraré de que no

ponga un pie en estas tierras y de que ningún humano os tema nunca más.

La joven se marchó con largas zancadas para aprovechar el impulso. No podía vacilar o se echaría atrás cuando esa gente la necesitaba. Únicamente se detuvo un momento en la puerta del establo para decir:

—Vigíladlo bien o matadlo. Lo que menos problemas os dé.



RÍOS QUE FLUYEN A CONTRACORRIENTE

Dos horas escasas después de abandonar el establo, Áliga ya veía el inicio del bosque. La muralla vegetal marcaba la frontera entre las tierras humanas y un lugar que en los tiempos anteriores a la Colisión no existía.

Ante sus ojos se encontraba Fiorterre, uno de los pedazos de la Vidriera más desconocido para los suyos. Pese a que los feéricos se hallaban en casi cualquier rincón de Gaudia, adentrarse en sus dominios era algo inaudito. No sabía de nadie que hubiera visitado esos bosques. Quizá algunos aventureros lo hicieran, pero nunca regresaban.

Y resultaba extraño porque la zona de los ilumverts no era recóndita como el Yacimiento, ese territorio montañoso en el cual se afincaban los draconianos, o el lejano desierto del reino de Alf Ramaal,

donde los humanos entraban y salían. Tal vez había más continentes caídos del cielo y ellos todavía no lo sabían.

Los estudiosos de Luminara actuaban como si supieran lo que sucedió dos siglos atrás durante la Colisión, cuando los planos de varios mundos se habían estrellado y enredado toda su sociedad. Sin embargo, Áliga estaba segura de que les quedaba muchísimo por descubrir en ese universo a parches. El territorio frente a ella probaba que tenía razón.

Desde el exterior, aquel bosque no se diferenciaba de cualquier otro, pero intuía que por dentro todo sería distinto.

Se detuvo lo justo para comerse un bollo de pan y una cuña de queso, y coger fuerzas antes de sumergirse en otro mundo.

Violeta subestimaba su apetito cuando se centraba en una misión. En esos momentos, Áliga estaba retrocediendo para dejar paso a Candela la Malaespina. Esa sí que sabía cómo actuar.

Entró en la floresta muy despacio, escudriñando la maleza y vigilante ante cualquier sonido. Ella no tenía demasiada experiencia en esos terrenos, aunque, en su época, había cazado varias veces para abastecer las caravanas asignadas bajo su protección.

Suponía que debía hacer como en esos casos: avanzar sin dejar rastros —ni huellas ni olor— y llegar hasta su presa cuanto antes. Aunque el tiempo

corría en su contra, las prisas resultaban malas consejeras. Sería preciso mantenerse atenta a cada mínimo detalle del entorno: si sus criaturas eran distintas a las de Gaudia, eso le daría más problemas todavía.

Caminó con pies ligeros sobre el tapiz vegetal del suelo. El verde de las hojas era más brillante de lo que jamás habría imaginado. Ni en las vidrieras más impresionantes de Luminara había tanto color y variedad de siluetas. Las ramas de los árboles se entrelazaban en un complejísimo ensamblado parecido a varillas de plomo que contenía cielos demasiado azules, ramitas blanqueadas por el sol, destellos de rocío, plumas irisadas y contornos entre lobulados y crispados.

Y los olores del bosque no se asemejaban a nada que conociera. Tan pronto su dulzor le hacía la boca agua como le agujoneaba el fondo de la cabeza con un regusto a decrepitud. La mezcla le evocaba las historias de ensueños conjuradas por algunos seres feéricos para divertirse a costa de cualquier criatura ajena a ellos.

La belleza a su alrededor era tan atrayente que Áliga debía recordarse continuamente dónde se encontraba. Ese aspecto era una trampa o una ilusión. O ambas.

Tras algo menos de otras dos horas, el sol se desvanecía entre las copas más altas y la joven escuchó el rumor del agua.

«Si hay un asentamiento, estará cerca del río», pensó, y confió en que los feéricos se parecieran en eso a los humanos.

Ciertos estudiosos hablaban de seres que habitaban el interior de los troncos, pero era incapaz de imaginarse una civilización funcional así. Y si estaban en lo cierto..., de todas formas debía empezar por algún lado.

«¿Y si hay algún ser mirándome desde los nudos de los robles?». El pensamiento le causó un escalofrío brutal. No la habían detenido durante su incursión. ¿Significaba eso que no vivían dentro de los árboles? ¿Se reían sin que pudiera oírlos mientras tramaban cómo caer sobre ella cuando se hubieran cansado del divertimento?

Sacudió la cabeza y siguió el rumor del río. Con atención redoblada, se aproximó al agua. No encontró amenazas en los alrededores de ese arroyo demasiado salvaje para un terreno tan suave. Sin embargo, no se fiaba. Aguardó un rato prudencial y, cuando se sintió segura, se acercó a tomar un sorbo. Un frescor digno del Yacimiento se extendió por ella y, pese a que faltaba poco para que anoheciera, recuperó las ganas de lograr su objetivo.

Se guio por el agua, cauce arriba. Tenía la esperanza de acertar y que el asentamiento estuviera en esa dirección porque el otro sentido daba la impresión de alejarse demasiado de Colinapartida. Aun-

que a saber si en esa tierra el curso de los ríos seguía las leyes lógicas de Gaudia.

Caminó por la orilla, con cuidado de no mojarse demasiado. Al mismo tiempo, no dejaba de pensar en si sería mejor meter los pies en el agua y ocultar su rastro. Sin embargo, temía que la velocidad del caudal se la llevara por delante.

«¿Por qué dudas tanto de todo?», se preguntó.

Carecía de respuesta. Quizá fuera por lo oxidada que se sentía cuando años atrás había sido toda seguridad. O quizá que las pobres gentes de Miravacas y alrededores le preocupaban demasiado. Si ella fallaba, solo la Señora del Espejo sabría lo que se encontrarían los refuerzos de Luminara al llegar.

«Si tienes miedo a equivocarte, nunca ayudarás a nadie».

Se aferró a ese viejo mantra mientras escudriñaba la creciente oscuridad. Áliga se forzó a olvidar que esas palabras eran las que casi la habían llevado a la tumba y aguzó el oído. Con la caída del sol no cambiaron los sonidos del bosque. Las hojas se mecían en los árboles con tal suavidad que apenas cantaban. Tampoco escuchó pájaros, solo el zumbido de algunos insectos amortiguado por el correr fluvial.

El ambiente estaba vivo, aunque no tanto como debía. Hasta los haces de luz de la luna y las estrellas se filtraban entre el dosel vegetal de un modo extraño. En lugar del tono tenue y blanquecino normal,

daba la sensación de llover plata y tiznar con brillos hasta el mismo barro. Había algo demasiado bello en las tenebrosas siluetas entre las que la joven se movía.

Una vez más, recordó a los feéricos que había conocido a lo largo de su vida. Ninguno de ellos hablaba jamás sobre su lugar de origen. Bien pensado, ¿cómo iban a describir un entorno así con palabras que los demás entendieran? No le harían justicia al remolino de impresiones y sentimientos que esa oscuridad le causaba a ella. Ni viviéndolo era capaz de expresar la sensación de que los colores contenían aromas, el aire susurraba y las sombras de los árboles pesaban sobre sus hombros como gatos perezosos. Unas veces sentía que el tiempo se ralentizaba y otras, que el sol rebrotaría en cualquier momento.

Aún no había caído la medianoche cuando Áli-ga supo que había llegado al lugar. Olía a vida y a muerte. En el ambiente titilaba el recuerdo inefable de lo que había sido su hogar durante años: un campamento, hogueras y el aceite para limpiar las brillantes armaduras. Pero a los feéricos les afectaba el hierro, así que eso último se debería a algo distinto.

Se tomó unos momentos para frotar su medalla con el pulgar antes de asomarse a lo que parecía un claro.

«Mi Señora, yo te rezo, yo te ruego. Señora del Espejo, tenme en tu reflejo. Otórgame tu protección,

Colinapartida necesita salvación. Vuélveme reflejo de luna o haz la noche más oscura».

El sosiego tras las palabras rituales fue inmediato. La humedad del río quedó desterrada del cuerpo de Áliga. En sus venas palpitaba la calidez de un abanico de colores descompuesto. La diosa estaba con ella. Siempre.

Se deslizó entre los últimos árboles y emergió en un claro, por el que el riachuelo trazaba unas curvas tan antinaturales como juguetonas antes de introducirse en una pared de roca. Del suelo brotaban unas formaciones a medio camino entre arbustos y hongos gigantes. La luna les hacía llorar un polvo cobrizo.

«Esporas», se dijo. «Mejor no tocarlas».

No se percibía ni un alma. Tampoco distinguió ninguna estructura sospechosa que indicara que ahí vivía el trasgo líder. El Señor del Crúor, como lo había llamado el otro. También desconocía si esas criaturas habitaban ahí o no. Solo conocía de ellas su forma de atacar y comportarse fuera de sus tierras, cuando incursionaban en los territorios humanos, y en ese momento eso no le valía.

Áliga se sentía perdida sin saber por dónde empezar a buscar y, al mismo tiempo, la espada le pesaba con ansia.

El agua del riachuelo rieló bajo la luz. Se convirtió en un arcoíris de tonos plata y glauco. Y del

arco de colores se vislumbró una flecha, que apuntó a contracorriente. Casi daba la impresión de guiarla hacia...

«La roca».

Se dirigió allí. Dio un rodeo entre la maleza, aguantando la respiración para no emitir ni un solo sonido a pesar de que nada se movía en las inmediaciones. Tal vez se equivocaba. Quizá ir río abajo era la opción correcta. Pero la flecha de luz continuaba ahí, en el agua. Era la estela hacia su destino.

Llegó hasta la pared rocosa y se plantó delante, confusa. El riachuelo no se metía bajo tierra ni caía entre surcos de piedra: la atravesaba. Como si solo fuera una imagen proyectada sobre una manta. La medalla de la Señora del Espejo vibró sobre su pecho con la advertencia y protección frente a la magia. Estiró la mano para rozarla y... Nada. Sus dedos recibieron el cosquilleo de algo húmedo y desaparecieron.

«Tiene que ser aquí y ahora».

Áliga respiró hondo y dejó que Candela Malaespina fuese la que desenvainara la espada antes de atreverse a cruzar el encantamiento.

El frescor le rozó la piel y en un parpadeo estaba en otro lugar. Voces graves inundaban una especie de caverna, en la que distinguió a media docena de figuras, todas de su altura o más pequeñas. Otra, la que se encontraba en el centro y de espaldas a ella,

sobrepasaba los dos metros. Eso no podía ser un feérico; nunca había oído hablar de que existiera ninguno tan grande.

Además, y al contrario que el resto de los seres, vestía una armadura. Olía a hierro, a acero, al aceite de abrillantado. El yelmo y las hombreras se alzaban con un caos de ramas rojas como el crúor, que lo hacía parecer todavía más inmenso.

«Los feéricos no pueden tocar el hierro», se dijo Candela, horrorizada.

De pronto, las seis criaturas se dieron cuenta de su presencia. La séptima se giró muy lentamente hacia ella y se retiró el bacinete. El cabello largo le cayó por los hombros, tan salvaje y encarnado como sus ojos de pesadilla. La luz de la caverna lo convertía en sombra y sangre, esculpía su imponente figura y acentuaba la poderosa mandíbula, su nariz ganchuda, las orejas en punta.

La joven se quedó sin aliento, embelesada y aterrada. Sí que era un feérico. Uno del que solo había oído hablar como leyenda. Uno del que nada ni nadie escapaba con vida.

Abrió la boca y dejó a la vista hileras de dientes afilados, con los colmillos demasiado grandes. Sin embargo, no pronunció una orden de muerte, sino un susurro grave cargado de curiosidad.

—¿Y tú qué eres?